

LOS “MITOS ERUDITOS” DE LA NUEVA DOXA DE LA LEY Y EL ORDEN

LOÏC WACQUANT

El pánico moral que ha estado azotando Europa en los últimos años relativo a la “violencia callejera” y la “delincuencia juvenil”, que supuestamente amenazan la integridad de las sociedades avanzadas y a su vez requieren severas respuestas penales, ha mutado, desde las elecciones presidenciales francesas de 2002, en una verdadera *pornografía de la ley y el orden*, en la que los cotidianos incidentes de “inseguridad” se transforman en un horrendo espectáculo mediático y un permanente teatro de moralidad. La escenificación de la “seguridad” (*sécurité, Sicherheit, security*), que de ahora en más se interpreta en su sentido estrictamente delictivo —luego de que el delito mismo fuera reducido solamente a la delincuencia callejera, es decir, en última instancia, a las infamias de las clases bajas—, desempeña la función primaria de permitir que los líderes del gobierno (o los que compiten por él) reafirmen a bajo costo la capacidad de acción del Estado en el mismo momento en que, abrazando los dogmas del neoliberalismo, predicán unánimemente su impotencia en asuntos económicos y sociales¹. La canonización del “derecho a la seguridad” es el correlato —y la hoja de parra— del abandono del derecho a trabajar, un derecho inscripto en la Constitución Francesa que es transgredido a diario; por un lado, por la persistencia del desempleo masivo en medio de la prosperidad nacional y, por otro, por el crecimiento del trabajo precario, que deniega cualquier tipo de seguridad de vida a los que, en número creciente, están condenados a realizarlo.

A principios de 2002, al comenzar la campaña para las elecciones presidenciales, los principales medios de comunicación y los partidos políticos de Francia eligieron concentrarse hasta la obsesión en el supuesto incremento de la “inseguridad”, a pesar de la *reducción* del delito callejero registrada durante ese año. Bajo el influjo de la lógica de la competencia comercial y electoral, nadie pensó que valiese la pena prestar la más mínima atención a los resulta-

dos de una serie de informes sólidamente documentados producidos por el Instituto Nacional de Estudios Económicos y Estadísticos (INSEE)* sobre el inexorable aumento del empleo eventual, la tenacidad del desempleo masivo en la periferia urbana y la consolidación de un vasto sector de “trabajadores pobres” –según la nueva etiqueta recién importada desde Estados Unidos de América (EUA)–, asociados a las políticas de repliegue industrial y desregulación económica que engrosan sus filas. Es preciso tomar nota de una investigación que pasó casi inadvertida, sobriamente titulada “Sensitive Urban Areas: The Rapid Increase in Unemployment between 1990 and 1999”, la cual revela que la precariedad laboral y la inseguridad social se generalizaron y concentraron durante esta década, a pesar del renovado crecimiento económico y la disminución en las cifras oficiales de desempleo a nivel nacional². Así, la proporción de trabajadores precarios –aquellos que se emplean mediante contratos a corto plazo, como personal temporario, en puestos subsidiados y en programas de entrenamiento patrocinados por el gobierno– aumentó de 1 de cada 11 en 1990 (1,98 millones de personas) a 1 de cada 7 en 1999 (3,3 millones). Entre los 4,7 millones de residentes de las 750 “áreas urbanas sensibles”, designadas como tales por el Pacto de Renovación Urbana de 1996 –y que equivalen a 1 de cada 13 de los habitantes de Francia–, la proporción de los que ocupaban puestos precarios rondaba el 20%.

Todo esto significa que, para los jóvenes que carecen de credenciales educativas reconocidas y viven en los barrios relegados de Francia, el trabajo asalariado inseguro ya no es una forma anómala, temporaria y atípica de empleo, sino el sendero modal para entrar a un mundo del trabajo que ahora es acechado por el espectro de la inestabilidad y la flexibilidad ilimitadas³. Y esto es para aquellos que son lo suficientemente “privilegiados” como para conseguir un trabajo, ya que, al mismo tiempo, el desempleo entre los jóvenes de entre 15 y 24 años sigue aumentando en estos distritos: entre 1990 y 1999, la proporción de jóvenes que en vano buscaban trabajo subió del 19,9 al 25,6% en todo el país; para sus compatriotas que vivían en esas áreas urbanas tímidamente calificadas como “sensibles”, el incremento fue mucho más agudo, del 28,5 hasta casi el 40%. Si se suman los trabajadores precarios a los que están totalmente desempleados, se obtiene que, hacia 1990, el 42% de los jóvenes de los distritos desposeídos estaban, por lo tanto, marginados, y que esta cifra ha saltado a casi el 60% en 1999, antes de que el desempleo reanudara su implacable marcha para empujar estas cifras aún más alto. A la luz de estas estadísticas, que dan fe de la silenciosa naturalización de la inseguridad social bajo un supuesto gobierno de izquierda, se puede entender mejor el lamentable desempeño electoral del candidato del Partido Socialista entre la

* N. del T.: En francés, Institut National de la Statistique et des Études Économiques.

clase trabajadora. En sus actos de campaña, este candidato se jactaba de haber liquidado el dragón del desempleo y, haciendo caso omiso del espectacular deterioro de la condición (sub)proletaria durante su período de gobierno, prometía el inminente retorno del “pleno empleo” para finales del siguiente mandato –un eslogan verdaderamente obsceno para los residentes de los complejos habitacionales sometidos durante dos generaciones a la rampante des-socialización del trabajo asalariado⁴.

En los principales canales de televisión, el noticiero de las 20 hs se ha transformado en una crónica de delitos comunes que, de repente, parecen abundar y acechar por todas partes –un maestro de escuela pedófilo por aquí, un niño asesinado por allá y, en otros lugares, un colectivo de la ciudad apedreado o un vendedor de tabaco insultado. Las emisiones especiales se multiplican en los horarios de mayor audiencia, tal como un episodio del programa “Esto puede sucederle a usted” que, bajo el título de “violencia escolar”, despliega la trágica historia de un niño que se suicidó como resultado de una gresca en el patio de juegos de su escuela primaria –un caso completamente aberrante, pero que instantáneamente se convirtió en el paradigma para aumentar los ratings de audiencia. Las revistas están repletas de artículos sobre “las verdaderas cifras”, los “hechos escondidos” y un surtido de “informes explosivos” sobre delincuencia en los cuales el sensacionalismo compite con el moralismo. Periódicamente trazan la temible cartografía de las “áreas prohibidas” y ofrecen “consejos prácticos” esenciales para enfrentar los peligros que han sido decretados como omnipresentes y multiformes⁵.

Por todos lados se escucha el lamento obsesivo sobre la inutilidad de las autoridades, la ineptitud del sistema judicial, y la indignación temerosa o exasperada de la gente común. A principios de 2002, el gobierno de la Izquierda Plural lanzó un visible conjunto de medidas para montar una exhibición represiva que –como difícilmente dejarían de advertir incluso sus miembros más obtusos– no tendría ningún impacto sobre los problemas que supuestamente debía enfrentar. Hay un ejemplo que bordea la caricatura: la ruinosa compra de chalecos antibala *para cada agente y oficial de policía* de Francia, cuando lo cierto es que más del 90% de ellos nunca encontró un villano armado en el curso de toda su carrera, y que el número de agentes de la ley muertos en servicio disminuyó a la mitad en diez años. La oposición de derecha no iba a ser superada en este frente, y prometió hacer exactamente lo mismo que el gobierno en todos los aspectos, sólo que más rápido, con mayor firmeza y dureza. Por lo tanto, con excepción de la izquierda no gubernamental y los Verdes, todos los candidatos a cargos electivos elevaron la “seguridad” al rango de prioridad absoluta de la acción pública, y se apresuraron a proponer las mismas primitivas y punitivas so-

luciones: intensificar las operaciones policiales; apuntar sobre los “jóvenes” (de clase trabajadora e inmigrantes), los “reincidentes” y los denominados núcleos duros de delincuentes incrustados en los suburbios más alejados (lo cual excluye convenientemente al delito de guante blanco y la corrupción oficial); acelerar los procedimientos judiciales; endurecer las penas; y extender el uso de la custodia, incluso para los más jóvenes, a pesar de que se ha demostrado una y otra vez que la encarcelación es eminentemente criminógena. Y, para que todo esto fuese posible, demandaron al unísono un ilimitado incremento de los medios destinados a imponer el orden social mediante la ley. El propio jefe de Estado, Jacques Chirac, un delincuente multi-reincidente, responsable del saqueo organizado de cientos de millones de fondos públicos cuando fuera alcalde de París por dos décadas, e impermeable al sentimiento de vergüenza, se atrevió a clamar por la “impunidad cero” para delitos menores perpetrados en los vecindarios empobrecidos cuyos residentes, precisamente, han comenzado a llamarlo por el apodo de *Supervoleur* (Superladrón) en referencia a los múltiples escándalos en los que ha estado directamente implicado⁶.

Pero esta nueva figura político-discursiva de la “seguridad”, que une a la derecha más reaccionaria y a la izquierda gubernamental en los principales países de Europa, no se contenta sólo con reiterar el “viejo, persistente e indestructible mito” de la sociedad moderna, descrito por Jean-Claude Chesnais en su *History of Violence in Western Society from 1800 to Our Times*. Este mito pinta recurrentemente a la violencia como un fenómeno que resulta de una evolución de largo plazo pero, al mismo tiempo, como algo siempre totalmente inaudito, que brota súbitamente y que es intrínsecamente urbano⁷. La originalidad de esta nueva figura reside en que obtiene la mayor parte de su fuerza persuasiva de esos dos poderes simbólicos contemporáneos que son la ciencia y EUA —y, mejor aún, de su cruzamiento, esto es, la ciencia norteamericana aplicada a la realidad norteamericana.

Así como la visión neoliberal de la economía se basa en modelos de equilibrio dinámico construidos por la ciencia económica ortodoxa *made in the USA*, país que detenta un cuasi-monopolio de los premios Nobel en esta disciplina, así también la Vulgata de la ley y el orden en este nuevo siglo se presenta bajo la apariencia de un discurso erudito que pretende poner la “teoría criminológica” más avanzada al servicio de una política decididamente “racional”, una política considerada ideológicamente neutral y en última instancia indisputable, ya que descansa sobre puras consideraciones de efectividad y eficiencia. Y, al igual que la doctrina de la generalizada subordinación al mercado, la nueva doxa viene directamente de EUA, país que, desde el abrupto colapso del imperio soviético, se ha convertido en el faro de toda la humanidad, la única sociedad en la historia dotada con los medios

materiales y simbólicos para convertir sus particularidades históricas en un ideal transhistórico y luego concretar dicho ideal transformando la realidad en todas partes a su propia imagen⁸.

Y fue así que, en los últimos años, Nueva York se transformó en el destino de los políticos franceses, de derecha e izquierda, quienes (al igual que sus colegas ingleses, italianos, españoles y alemanes) han viajado —en una suerte de peregrinaje— para darle sentido a su flamante determinación de aplastar el azote del delito callejero y, para tal fin, iniciarse en los conceptos y medidas adoptadas por las autoridades norteamericanas. Respaldo por la ciencia y la política del “control del delito” testeadas en EUA, el nuevo y unidireccional “pensamiento sobre la seguridad” que ahora impera en la mayoría de los países del Primer Mundo, y en muchos otros del Segundo, se presenta bajo la forma de una concatenación de “mitos eruditos”, es decir, una red de declaraciones que entremezclan “dos principios de coherencia: una proclamada coherencia, de apariencia científica, que se afirma a sí misma irradiando una proliferación de señales de científicidad, y una coherencia oculta, basada en un principio mítico”⁹. En cuatro pasos es posible examinar su textura y desmontar sus mecanismos.

1. CÓMO LA NORTEAMÉRICA “SUPERDELICTIVA” FUE PACIFICADA Y SUPERADA POR FRANCIA

Según el primer mito político-mediático, hasta no hace mucho tiempo EUA estaba asolado por niveles astronómicos de delincuencia pero, gracias a exigentes innovaciones policíacas y punitivas, ha “resuelto” la ecuación delictiva siguiendo el modelo de la ciudad de Nueva York. Durante este mismo período, por culpa de su laxitud, los países de la vieja Europa se dejaron atrapar en una letal espiral de “violencia urbana”, lo que ha provocado que sufrieran una descontrolada epidemia delictiva ajustada a los parámetros norteamericanos. Así, un supuesto “experto” en la materia como Alain Bauer, director general de Alain Bauer Associates, una firma que realiza “consultoría en seguridad”, quien casualmente es un influyente asesor de los miembros del gabinete socialista francés y Gran Maestre del Gran Oriente (la principal orden masónica francesa), pudo anunciar con fanfarria en un destacado diario nacional que, como resultado de una “histórica comparación de las curvas” que reflejan las estadísticas del delito en ambos países en el año 2000, “Francia es más criminógena que EUA”¹⁰.

Esta asombrosa “revelación”, instantáneamente propagada por toda la prensa dominante (Agencia France Presse, France-Info, el principal canal de televisión comercial TF1, etc.), demuestra que en el tema de la “inseguridad” uno puede decir cualquier cosa y ser tomado en serio, siempre y cuando entone el catastrófico y represivo estribillo del momento. En reali-

dad, gracias a la Encuesta Internacional sobre Víctimas de Delitos (ICVS)^{*11}, ha quedado bien establecido, *al menos por un período de diez años*, que EUA tiene tasas de delincuencia completamente ordinarias cuando se las mide por el *predominio de la victimización*, y no por medio de las estadísticas de delitos denunciados ante las autoridades, las cuales no son construidas y cotejadas sobre las mismas bases en los distintos países y que, como lo saben todos los “especialistas” dignos de ese nombre, son un mejor indicador de la actividad de la policía que de la actividad de los delincuentes. Hace tiempo que las tasas norteamericanas son comparables a (e incluso, en general, más bajas que) las de muchos otros países avanzados, con la notable y fácilmente explicable excepción del homicidio¹². Así, entre las once naciones post-industriales cubiertas por la ICVS en 1995, es decir, antes de la implementación en gran escala de la “tolerancia cero”, EUA estaba segunda después de Inglaterra en hurtos y robos de vehículos, como así también en lo relativo a severos daños corporales; empataba en el tercer lugar con Francia, y estaba mucho más atrás de Canadá e Inglaterra en la escala de robos domiciliarios; se ubicaba en séptimo lugar, detrás de Suiza, Austria y Holanda, entre otros, en ofensas sexuales; y justo en la cola del grupo (noveno) en la incidencia del robo simple, con una puntuación que era la mitad de la que obtenían los Países Bajos. En general, un índice combinado de victimización que abarca once tipos de delitos colocaba a EUA en 1995 *en el séptimo lugar* (un 24,2% de sus residentes habiendo sufrido uno o varios delitos durante el último año), bien por debajo de Holanda (31,5%) e Inglaterra (30,9%), pero también detrás de Suiza, Canadá y Francia (quinta con el 25,3%)¹³. En aquel momento, los países menos “criminógenos” eran, y por un amplio margen, Irlanda (16,9%) y Austria (18,9%). Sin embargo, los políticos y los nuevos expertos en control del delito europeos salieron disparados hacia Nueva York, y no hacia Dublín o Viena, en busca del Santo Grial de la seguridad.

Sólo su impresionante tasa de homicidios distingue a EUA de los países de Europa occidental. Con 10 asesinatos cada 100 mil habitantes a comienzos de la última década, y 6 cada 100 mil en 2002, este nivel sigue siendo casi 5 veces mayor que el de Francia, Alemania o Inglaterra. Es por ello que Franklin Zimring y Gordon Hawkins, académicos especializados en temas legales, titularon su obra canónica sobre la cuestión delictiva en EUA de este modo: *Crime is Not the Problem: Lethal Violence in America*¹⁴. EUA tiene un problema muy específico de *violencia mortífera por armas de fuego*, altamente concentrada en sus guetos urbanos y vinculada, por un lado, a la libre tenencia y circulación de unos 200 millones de armas largas y de puño (4 millones de norteamericanos las portan diariamente y la mitad de todas las familias

* N. del T.: En inglés, International Crime Victimization Survey.

tienen una en su casa); y, por otro, a la debilidad del sistema de bienestar social, a la rígida segregación racial y a una economía callejera ilegal profundamente enraizada en los distritos pauperizados de sus principales ciudades¹⁵.

Si EUA no es, como comúnmente se cree, la sociedad “superdelictiva”, tampoco la tendencia del delito violento en Francia, y más generalmente en Europa, converge con la de EUA, dominada por la violencia letal. En efecto, la tasa de homicidios y tentativas de homicidio en Francia (tomadas conjuntamente) cayó en un quinto durante la última década: de 4,5 cada 100 mil habitantes en 1990 a 3,6 en 2000. Es cierto que los casos de *vols avec violence** (que corresponden en términos generales a los robos con uso de violencia) se incrementaron notablemente durante estos años, pero lejos de golpear “a todos y en todas partes”, como los medios nos hubieran hecho creer, los delitos contra las personas son raros (afectan a cerca del 2% de la población en cualquier año dado), permanecen altamente concentrados entre la población joven de clase trabajadora que reside en la periferia urbana del país, y son, en la mayoría de los casos, relativamente benignos: las “agresiones” denunciadas ante las autoridades son exclusivamente *verbales* en la mitad de los casos, e involucran daños físicos sólo en 1 de cada 4 incidentes (y sólo 1 en 20 deriva en hospitalización o pedido de licencia laboral). Asimismo, los hurtos y robos desde y de vehículos, que son muchísimo más comunes que los delitos contra las personas, han caído sostenidamente desde 1993¹⁶.

Estas tendencias reveladas por las estadísticas oficiales francesas quedan confirmadas por los hallazgos de la ICVS: entre 1996 y 2000, esto es, en el mismo período en que el catastrófico discurso sobre la “explosión” de la delincuencia se infló hasta saturar el campo político y periodístico de Francia, la incidencia acumulada de victimización en diez categorías de delitos *cayó* de 43 a 34 cada 100 mil habitantes, lo que representaba una disminución superior en un quinto a la disminución del delito registrada en EUA (del 47 al 40%)¹⁷. Esta caída ocurrió en todos los tipos de delitos, excepto en las agresiones y golpizas que, como ya se ha visto, son típicamente menos graves que lo que sus nombres sugieren, y son, además, relativamente raras (la incidencia del hurto de vehículos es 6 veces mayor que la de los robos, que afectan sólo a 1,8 cada 100 residentes). Por lo tanto, con 34 delitos cada 100 personas en el año 2000, Francia registró una tasa total de victimización cercana a las de Dinamarca (35%) y Bélgica (33%), situándose detrás de EUA y Canadá (39%), y bien por detrás de Holanda (48%) e Inglaterra (54%).

Por consiguiente, la aseveración de que EUA era “superdelictivo” pero ya no lo es desde la llegada de la “tolerancia cero”, mientras que Francia está infestada por el delito (entiéndase: porque cometió el error de no importar esta

* N. del T.: En francés, en el original.

política con la debida urgencia), no guarda relación con la argumentación criminológica sino con la charlatanería ideológica. Nada de esto le impide a Alain Bauer, su autor, ofrecer lecciones de “metodología” a las autoridades francesas, quienes lo consultan con deferencia (como quedó evidenciado en su testimonio ante la comisión senatorial de información sobre el delito, el 28 de marzo de 2000); o gozar de una reputación como riguroso “criminólogo” (y esto no es broma) entre periodistas supuestamente creíbles (como los de *Le Monde*, que regularmente lo citan como autoridad); o ser presidente titular del Comité de Supervisión del Observatorio Nacional del Crimen*, creado recientemente por el ministro del Interior Nicolás Sarkozy.

2. EL DELITO SE DESVANECE GRACIAS A LA POLICÍA

Un reciente informe del Instituto Manhattan –uno de los principales promotores de la “limpieza de clases” en las calles y centro neurálgico de la campaña mundial para penalizar la pobreza¹⁸– lo afirma con todo énfasis: en la última década, la sostenida caída en las estadísticas del delito en EUA se debe a la enérgica e innovadora acción de las fuerzas policiales, después de que fueran finalmente liberadas de los tabúes ideológicos y los yugos legales que hasta entonces las constreñían. Al respecto, se ofrece como caso paradigmático el espectacular giro que logró en Nueva York el alcalde republicano Rudolph Giuliani, bajo el liderazgo de sus máximos jefes policiales William Bratton y William Safir¹⁹. Pero hay una trampa: también aquí los hechos son más tercos que la ideología, y las conclusiones de todos los estudios científicos coinciden en que –por lejos– la policía no desempeñó el rol clave y determinante que le asignan los partidarios de la administración penal de la inseguridad social como cuestión de *petitio principii*.

La primera prueba es que la disminución de la violencia delictiva en Nueva York comenzó *tres años antes* del ascenso de Giuliani al poder a finales de 1993, y la misma tasa continuó luego de que asumiera su cargo. Mejor aún: en esta ciudad, la incidencia de homicidios cometidos sin uso de armas de fuego ha estado cayendo lenta pero sostenidamente *desde 1979*; sólo los asesinatos relacionados con armas de fuego disminuyeron abruptamente después de 1990, tras haber escalado entre 1985 y 1990 debido a la expansión del tráfico de *crack*; y ninguna de estas dos curvas muestra ninguna inflexión particular durante el gobierno de Giuliani²⁰. La segunda prueba es que la disminución de la violencia delictiva es igualmente pronunciada *en ciudades que no adoptaron* la política de “tolerancia cero” de Nueva York, incluidas aquellas que optaron por un abordaje diametralmente

* N. del T.: En inglés, Oversight Committee of the National Crime Observatory.

opuesto, como Boston, San Francisco o San Diego —donde las denominadas prácticas policiales de “solución de problemas” se empeñan en establecer continuas relaciones con los residentes a fin de prevenir los delitos, en vez de tratar con ellos *ex post* por medio de una máxima represión penal²¹. En San Francisco, una política de sistemática “desviación” de jóvenes delincuentes hacia programas de entrenamiento laboral, orientación y asistencia social y médica hizo posible recortar en más de la mitad el número de ingresos en las cárceles, al tiempo que redujo la violencia delictiva en un 33% entre 1995 y 1999 (en comparación, Nueva York tuvo una caída del 26% y el volumen de ingresos a la cárcel creció en un tercio durante el mismo período). Y, como tercera prueba, desde 1984 a 1987 el alcalde de Nueva York David Dinkins ya había implementado una agresiva y asidua política policíaca —similar a la que se desplegó después de 1993— bajo el nombre clave de “Operación Punto de Presión”²², la cual vino acompañada de un agudo *incremento* en la violencia delictiva, especialmente de homicidios²². Por lo que resulta que, contrariamente a lo que afirman los promotores e importadores del “modelo Bratton”, la estrategia policíaca adoptada por Nueva York en los años noventa *no es necesaria ni suficiente* para dar cuenta de la disminución del delito en esa metrópoli.

La comparación con Canadá, un país vecino dotado de una estructura económica, demográfica y política similar, y cuyo nivel general de delincuencia es prácticamente idéntico (con la notable excepción de la incidencia de asesinatos, que es tres veces menor), confirma esta conclusión. En efecto, con unas pocas raras excepciones, entre 1991 y 2001 todas las regiones de Canadá registraron una marcada disminución en homicidios, robos a mano armada y hurtos domiciliarios, de igual magnitud a la que se observó en EUA, aunque las prácticas de las fuerzas policiales, los esfuerzos judiciales y el recurso a la reclusión permanecieron allí sin cambios. En realidad, debido a las restricciones fiscales, la proporción de supervisión policial en Canadá (dada por el número de policías dividido por el total de la población) *cayó* en un 9%, y la tasa de encarcelamiento del país se redujo en un 7%, en contraste con los incrementos del 10% y del 47%, respectivamente, en EUA durante el mismo período. Al respecto, el criminólogo Marc Ouimet sostiene: “semejante similitud en las tendencias de diferentes tipos de delitos para diferentes regiones en el mismo país, y para dos países diferentes, respalda la necesidad de acudir a explicaciones generales para dar cuenta de tales disminuciones”²³. Por ende, señala dos fuerzas exógenas que impulsan este notable paralelismo entre EUA y Canadá: la disminución en un quinto del número de personas en la franja etaria de entre 20 y 34 años a ambos lados de la frontera común y

* N. del T.: En inglés, Operation Pressure Point.

la apreciable reducción del desempleo en ambos países. Esto último permitió que los jóvenes de clase baja sin calificación laboral hallaran trabajo y, de este modo, los alentó a retirarse de la economía asociada al delito.

En realidad, seis factores, *todos ellos independientes de la actividad de la policía y del sistema judicial*, se han combinado para reducir abruptamente la incidencia de los delitos violentos en las grandes ciudades de EUA en los años noventa. Primero, *el floreciente crecimiento económico*, sin paralelo en la historia del país en escala y duración, efectivamente proporcionó fuentes de trabajo y suministró ingresos a millones de jóvenes hasta entonces condenados al ocio o al tráfico ilegal, inclusive en los guetos y barrios* donde el desempleo retrocedió notablemente²⁴. Pero, a pesar de todo esto, el *boom* no hizo mella en la pobreza endémica de los vecindarios segregados de las metrópolis norteamericanas porque, en su mayoría, los nuevos empleos siguieron siendo eventuales y mal remunerados: el nivel oficial de pobreza en la ciudad de Nueva York permaneció sin variaciones en un 20% durante toda la década del noventa. De hecho, fueron sobre todo los jóvenes latinos quienes se beneficiaron directamente de la mejoría en la situación del mercado laboral no-calificado. Para los negros, el eufórico clima económico actuó indirectamente, elevando sus esperanzas de futura movilidad y alentando a una creciente fracción de adolescentes a emprender estudios post-secundarios, lo cual redujo marcadamente sus probabilidades de verse envueltos en delitos callejeros violentos, ya sea como víctimas o como perpetradores²⁵. Pese a la persistencia del subempleo y al nivel extremadamente bajo de los salarios en los nuevos sectores de servicios, los estudios estadísticos detallados sugieren que el impacto directo e indirecto de la rápida disminución del desempleo agregado explica el 30% de la caída en la tasa de delincuencia a nivel nacional²⁶.

El segundo factor es *la doble transformación en la economía de las drogas*. Para comenzar, el tráfico minorista de *crack* en los vecindarios empobrecidos ganó en estructura y estabilidad, de modo que el recurso a la violencia como medio para regular la competencia entre bandas rivales retrocedió en forma abrupta²⁷. A finales de los ochenta, este tráfico experimentó un crecimiento explosivo y, dado que no existían casi barreras para el ingreso, nuevos emprendedores —a menudo jóvenes e independientes— aparecían constantemente para involucrarse en mortíferas luchas territoriales: en 1991, 670 de los 2.161 homicidios registrados en la ciudad de Nueva York estuvieron vinculados al tráfico de narcóticos. Una década más tarde, la demanda se había estabilizado y el sector fue “oligopolizado”, de manera que el número de traficantes cayó y las relaciones entre ellos se tornaron menos conflictivas. Esto se tradujo en una precipitada reducción en el número de homicidios

* N. del T.: En español, en el original.

relacionados con las drogas —cayó por debajo de la marca de 100 en 1998—, puesto que la mayor parte de esa violencia delictiva callejera consiste en violencia *entre criminales*²⁸. Además, el *crack* perdió el favor de los consumidores, quienes retornaron a otros opiáceos y narcóticos como la marihuana (consumida en forma de cigarro llamado *blunt*), la heroína y las metanfetaminas, cuyo tráfico genera menos extorsión, dado que está dominado por vendedores minoristas que operan en redes de conocimiento mutuo y no a través de intercambios anónimos en lugares públicos²⁹.

Además, como se dijo anteriormente, se redujo *la cantidad de gente joven* (especialmente entre 18 y 24 años), lo cual se tradujo casi mecánicamente en una disminución del delito callejero, ya que estas son las categorías de edad, siempre y en todas partes, más inclinadas a quebrantar la ley en forma violenta. Esta evolución demográfica por sí sola da cuenta por lo menos de la décima parte de la reducción de los delitos contra las personas en el período en cuestión³⁰. En el caso de la ciudad de Nueva York, debe añadirse la espantosa estadística de candidatos a la delincuencia inutilizados por la pandemia del SIDA entre los heroinómanos (19 mil muertes registradas entre 1987 y 1997), los muertos por sobredosis de drogas (14 mil), y los pandilleros asesinados por sus colegas (4.150) o arrojados tras las rejas o deportados (5.250), lo que hace un total de 43 mil “revoltosos” eliminados en una década, una cifra igual a la de los presos que la ciudad envía cada año a expiar sus fechorías en las penitenciarías que salpican el espacio rural septentrional³¹. El efecto recesivo del decrecimiento de la población joven y la población delincuente se amplificó, además, por un fuerte *incremento en la inmigración*, en especial de flujos migratorios predominantemente femeninos venidos de países como República Dominicana, China y Rusia. Los emigrantes de esos países que llegaban a Nueva York en la década del noventa tenían acceso a “nichos étnicos” que facilitaban su ingreso a la economía local, de modo que, gracias a su actividad comercial y su consumo, revitalizaron los decadentes distritos en los márgenes de los grandes guetos negros, permitiendo a sus habitantes “reclamar el espacio público y refrenar la actividad criminal al aire libre”³².

Pero las causas económicas y demográficas no son las únicas que operan y, entre las fuerzas que han reducido el delito en EUA, debe incluirse un *efecto de aprendizaje* que los criminólogos bautizaron como “síndrome del hermano menor”. En virtud de este síndrome, las nuevas generaciones de jóvenes nacidos después de 1975–1980 se alejaron de las drogas duras y del peligroso estilo de vida asociado a ellas. Se trataba de un deliberado rechazo a sucumbir al macabro destino que, ante sus propios ojos, se había llevado a sus hermanos mayores, primos y amigos de la infancia, caídos en la primera línea de las “guerras callejeras” de finales de los años ochenta: adicción

descontrolada a las drogas, encarcelamiento de por vida, muerte violenta y prematura³³. Prueba de ello son las “treguas” y los “tratados de paz” firmados por las pandillas que controlaban los guetos de Los Ángeles, Chicago, Detroit y Boston a principios de los noventa, que redujeron considerablemente el número de homicidios de jóvenes varones pobres. Por su parte, las organizaciones ubicadas al interior de las zonas relegadas de las metrópolis norteamericanas, como las iglesias, las escuelas y una gama de asociaciones, clubes barriales y colectivos de madres de víctimas de asesinatos callejeros (tales como Madres contra las Drogas, en Chicago, y Madres que Reclamamos por Nuestros Hijos*, en Los Ángeles)³⁴, se han movilizado y ejercido su capacidad de control social informal en todos los lugares donde aún podían hacerlo. Sus *campañas de concientización y prevención*, como la operación Recuperar Nuestra Comunidad**, organizada por el Gran Consejo de Guardianes (la asociación de policías negros de la ciudad de Nueva York), han acompañado y reforzado la espontánea retirada de los jóvenes de la economía agresiva de las calles. Siguiendo a Benjamin Bowling, debe subrayarse aquí el hecho de que, al igual que la mejoría económica, estas iniciativas colectivas de los residentes de los barrios pobres han sido totalmente excluidas del discurso dominante sobre la disminución de la delincuencia en EUA, y denigradas con virulencia por Rudolph Giuliani y William Bratton³⁵.

Finalmente, los niveles de violencia delictiva registrados en EUA a principios de los años noventa eran *anormalmente altos* y, por lo tanto, era muy probable que tendieran a bajar otra vez gracias a la ley estadística de regresión hacia la media, puesto que los factores que los habían impulsado a salirse de la norma (como el despegue inicial en el tráfico de *crack*) no podían perdurar. Situándolo en la *longue durée**** del siglo XX, el historiador Eric Monkkonen ha demostrado cómo el período 1975–1990 fue atípico en términos de las tendencias básicas del delito violento en la ciudad de Nueva York: entre 1900 y 1960 la tasa de homicidios en la capital simbólica de EUA estaba apenas por debajo del promedio nacional; rompió esos límites después de los disturbios raciales de los años sesenta para estabilizarse en un nivel equivalente a tres veces el promedio nacional a causa del fulminante desarrollo de la economía de las drogas regulada por la confrontación armada; y la rápida merma en la década del noventa simplemente la regresó a niveles cercanos al promedio nacional, donde había estado un cuarto de siglo antes³⁶.

* N. del T.: En inglés, Mothers Against Drugs (MAD) y Mothers Reclaiming Our Children (Mothers ROC).

** N. del T.: En inglés, Take Back Our Community.

*** N. del T.: En francés en el original.

La conjunción de estos seis factores es más que suficiente para explicar la disminución del delito violento en EUA en los últimos doce años. Pero el ritmo prolongado y lento del análisis científico no es el rápido y espasmódico tempo de la política y la prensa; y la maquinaria de propaganda de Giuliani se precipitó sobre el inevitable retraso de la investigación criminológica, llenando el vacío explicativo con su prefabricado discurso sobre la eficacia de la represión policial, exhumada como el único remedio para la irresponsabilidad congénita de las clases peligrosas. Un discurso seductor, ya que, enmarcado en la cantinela de la “responsabilidad”, se hace eco de las temáticas utilitarias e individualistas portadas por la ideología neoliberal que ahora es hegemónica a ambos lados del Atlántico. Pero, en favor del argumento, admitamos que, en verdad, la policía ha tenido un impacto perceptible sobre el delito en la ciudad de Nueva York. El problema aún consiste en saber *cómo* pudo haber logrado este resultado.

3. REORGANIZACIÓN BUROCRÁTICA DETRÁS DE LA “TOLERANCIA CERO”

Según la mitología planetaria difundida por los *think tanks* neoliberales y sus aliados de los ámbitos político y periodístico, la policía de Nueva York aplastó a la hidra del crimen mediante la implementación de una política muy particular, llamada “tolerancia cero”, que consiste en perseguir implacablemente hasta las más pequeñas infracciones cometidas en el espacio público. Así, desde 1993, se supone que cualquiera que sea sorprendido mendigando o vagabundeando en la ciudad, con el estéreo de su automóvil a gran volumen, arrojando botellas vacías o escribiendo *graffitis* en las calles, o incluso violando una mera ordenanza municipal, debe ser automáticamente arrestado y puesto tras las rejas de inmediato:

No más boletas de comparecencia* [actas de infracción que exigen que la persona involucrada se presente luego en sede policial, donde pueden formularse cargos]. Si orinabas en la calle, ibas a la cárcel. Íbamos a arreglar las ventanas rotas [esto es, castigar aun los más leves indicadores externos de desorden] y evitar que alguien volviera a romperlas.

Esta estrategia, según clamaba su autor intelectual, William Bratton, “funcionaría en cualquier ciudad en Norteamérica” y lo haría igualmente bien en “cualquier ciudad del mundo”³⁷.

* N. del T.: En inglés, Desk Appearance Ticket (DAT).

La “tolerancia cero” ha dado la vuelta al mundo cuando, paradójicamente, ya casi no se utiliza como estrategia policíaca en EUA, donde incluso los políticos conservadores la consideran ofensiva; en Nueva York los funcionarios usan una expresión más elegante: “vigilancia de la calidad de vida”. En realidad, el eslogan policial de “tolerancia cero” es lo que Kenneth Burke denomina “pantalla terminística”*, un dispositivo que oculta, por el hecho mismo de amalgamarlas, varias transformaciones concurrentes pero muy distintas en las prácticas policíacas cotidianas³⁸. El Departamento de Policía de Nueva York, efectivamente, experimentó cuatro conjuntos de cambios paralelos:

- una completa reestructuración burocrática que implicó la descentralización de servicios, el aplanamiento de los niveles jerárquicos, la reducción de la edad de los administradores mediante el despido repentino de tres de cada cuatro oficiales de alto rango, y la delegación de la responsabilidad directa a los jefes de comisarías, cuyas remuneraciones y promociones dependen en parte de las “cifras” de delitos que ellos mismos producen (lo cual genera una fuerte presión para la manipulación de las estadísticas, por ejemplo, mediante la multiplicación de la cantidad de arrestos falsos);
- una extraordinaria expansión de los recursos humanos y financieros: la cantidad de agentes uniformados saltó de 27 mil en 1993 a 41 mil en 2001, lo que equivale a la mitad de los policías de toda Francia, ¡pero sólo para 8 millones de habitantes! Este incremento en el personal sólo fue posible gracias a un aumento del 50% en el presupuesto policial en cinco años, que le permitió alcanzar los 3 mil millones de dólares en 2000, a pesar de las enormes reducciones en los gastos del gobierno local (durante el mismo período, los fondos para los servicios sociales de la ciudad fueron recortados en un 30%)³⁹;
- el despliegue de nuevas tecnologías de la información, incluido el famoso programa Compstat (acrónimo con resonancias científicas que trivialmente significa “estadísticas computarizadas”), un sistema de información electrónica y de cruzamiento de datos que hace posible rastrear la evolución y distribución de incidentes delictivos en tiempo real con el fin de reubicar las fuerzas policiales a máxima velocidad en las áreas afectadas; y, finalmente,
- una minuciosa revisión de los objetivos y procedimientos de cada uno de los servicios, según esquemas elaborados por consultores en “re-

* N. del T.: En inglés, *terministic screen*.

ingeniería corporativa”, y la implementación de “planes de acción” con metas específicas, focalizados en la posesión de armas de fuego, la venta de drogas en lugares públicos, la violencia doméstica, las infracciones de tránsito, etcétera.

En consecuencia, una burocracia que tenía bien ganada la fama de ser co-barde, pesada, pasiva y también notoriamente corrupta; una burocracia que tenía el hábito de esperar que las víctimas de delitos vinieran a ella para presentar sus demandas y que se contentaba sólo con registrarlas, con una constante preocupación por hacer la menor cantidad posible de olas en la prensa y los tribunales; esta burocracia se metamorfoseó en el auténtico símil de una celosa “empresa de seguridad”, dotada de colosales recursos humanos y materiales, y una visión ofensiva. Todo esto puede concederse sin discusión. Pero si esta mutación burocrática tuvo un pronunciado impacto sobre el delito —y hasta ahora nadie ha logrado demostrarlo⁴⁰—, dicho impacto no tiene nada que ver con las particulares *tácticas* de vigilancia adoptadas por la policía en el terreno.

4. DE “VENTANAS ROTAS” A “ROMPEHUEVOS”

El último mito mundial sobre la seguridad que llegó desde EUA no es menos gracioso que los tres anteriores. Se trata de la idea según la cual la política de “tolerancia cero”, supuestamente responsable del triunfo policial en la ciudad de Nueva York, se asienta en una *teoría criminológica científicamente probada*: la celebrada “teoría de las ventanas rotas”*. Esta última postula que la inmediata y severa represión de las más pequeñas faltas o molestias callejeras impide que comiencen a cometerse delitos más graves, por medio del (re)establecimiento de un saludable clima de orden —una singular ilustración del popular refrán francés: “el que roba un huevo, roba un buey”—, la reafirmación de las normas y la dramatización del respeto por la ley. Ahora bien, esta presunta teoría no es de ningún modo científica, en tanto fue formulada

* N. del T.: En inglés, broken-windows theory. Según la “teoría de las ventanas rotas,” de James Q. Wilson, de la Universidad de Harvard, la principal causa del nivel de delincuencia en los barrios norteamericanos es la desidia de sus habitantes. Para Wilson, si la ventana de una construcción se rompe —o la rompen— y no se repara de manera inmediata, cualquiera que la observe pensará indefectiblemente que a nadie le importa la condición de su entorno. La teoría subraya que, si quien camina por allí es un sujeto con problemas de adaptación social, considerará, además de esto último, que tiene paso libre para actuar en un sitio del que nadie se ocupa. Y, si esto se vuelve moneda corriente, al poco tiempo el desorden pequeño se hará mayor, y no habrá una sino diez ventanas rotas.

hace veinte años por el cientista político ultraconservador James Q. Wilson y su acólito George Kelling (el ex jefe de policía de la ciudad de Kansas, desde entonces devenido en Senior Fellow del Instituto Manhattan), y apareció como un breve texto de nueve páginas publicado, no en una revista especializada en criminología, sujeto a revisión de los pares con la participación de investigadores competentes, sino en la revista cultural *The Atlantic Monthly* (lo cual no impidió que fuese editado, en francés, en la revista oficial del Instituto de Altos Estudios de la Seguridad Interior* en 1999)⁴¹. Y, desde entonces, no ha sido nunca sometida siquiera a las fases iniciales de una verificación empírica.

En apoyo a la “teoría de las ventanas rotas”, sus adeptos citan casi de memoria el libro *Disorder and Decline*, publicado en 1990 por el cientista político de Chicago Wesley Skogan, en el cual se rastrean las causas de, y se evalúan los remedios para, las dislocaciones sociales y ecológicas en las áreas urbanas sobre la base de encuestas realizadas en cuarenta barrios de seis ciudades norteamericanas. Sin embargo, cuando se lo lee con cuidado, resulta que este trabajo demuestra que la pobreza y la segregación racial, y no el clima de “desorden urbano”, son los más poderosos determinantes de las tasas de delincuencia en las metrópolis. Además, las conclusiones estadísticas de este libro han sido invalidadas a causa de una acumulación de errores de medición y falta de datos; y su propio autor confiere a la ilustre “teoría de las ventanas rotas” el estatus de mera “metáfora”⁴². En realidad, ningún estudio diseñado para verificar el “efecto trinquete” postulado por la mencionada teoría (según el cual la supresión de delitos menores limitaría la incidencia de aquellos mayores), como los que llevaron a cabo tanto Albert Reiss en Oakland, California, como Lawrence Sherman en Washington DC., ha conseguido recoger evidencia a su favor. El análisis comparativo de la información sistemática relevada en 196 distritos de Chicago, en base a entrevistas y grabaciones diarias en video, ha demostrado concluyentemente que no existe relación estadística entre los indicadores visibles de “desorden” en un área dada y sus tasas de delito (con la posible y parcial excepción de los robos domiciliarios)⁴³.

Habiendo considerado todos los aspectos y al final de un fatigoso examen de la cuestión, el académico especializado en temas legales Bernard Harcourt argumenta que si el departamento de policía de Nueva York contribuyó a la disminución del delito, no lo hizo restableciendo las buenas conductas ciudadanas ni comunicando un mensaje de severo rechazo a la impunidad, sino mediante el sencillo hecho de haber aumentado abrumadoramente la intensidad de la vigilancia: en 1990, la ciudad de Giuliani tenía 38 policías por

* N. del T.: En francés, Institut des Hautes Études de la Sécurité Intérieure.

cada 100 mil habitantes, mientras que diez años más tarde había duplicado esa cifra, y su acción estuvo fuertemente dirigida a las poblaciones y distritos desposeídos⁴⁴. En suma, *la acentuación y la concentración de la represión policial y penal*, y no el mecanismo moral de restauración de la norma postulado por la supuesta teoría de Wilson y Kelling, son los factores que explicarían la efectividad de la policía en el caso –de por sí todavía hipotético– de que la acción policial hubiera desempeñado un rol significativo.

Pero este cuento tiene un costado aún más cómico: *según lo confesaron sus propios inventores*, la adopción por parte de la ciudad de Nueva York del hostigamiento policial permanente sobre los pobres en el espacio público *no tenía vinculación alguna con ninguna teoría criminológica*. En realidad, la famosa “teoría de las ventanas rotas” fue descubierta e invocada por los funcionarios de la ciudad sólo *a posteriori*, con el fin de vestir con atuendos racionales medidas que eran populares para la mayoría del electorado blanco y burgués, pero profundamente discriminatorias en términos de principios e implementación, y para darle un giro innovador a lo que no era otra cosa que una reversión hacia una antigua receta policial que periódicamente volvía a ponerse en funcionamiento y de moda. Así lo reconoce explícitamente Jack Maple, el “genio de la guerra contra el delito”⁴⁵, mano derecha de Bratton e iniciador de la “vigilancia de la calidad de vida” en los subterráneos antes de que fuese extendida a las calles. En su autobiografía, publicada en 1999 con un título a lo *cowboy*, *Crime Fighter*, Maple señala: “‘ventanas rotas’ fue una mera extensión de lo que solíamos llamar la ‘teoría Rompehuevos’”⁴⁶. Surgida de la sabiduría policial convencional, estipula que si los policías persiguen insistentemente a un notorio delincuente por sus pecadillos^{**}, para estar tranquilo y en paz este terminará yéndose del vecindario para violar la ley en otro lugar y, así, descenderá el nivel de delito local. La innovación de Maple consistió en “modernizar” esta noción, transformándola en “Más Rompehuevos”^{***} (para usar su propia expresión) mediante el mecanismo de vincular las verificaciones de identidad con las bases de datos judiciales y, de este modo, arrestar la máxima cantidad de villanos que eran buscados por otros delitos o que estaban ya bajo supervisión judicial o en libertad condicional⁴⁶.

El arquitecto de la política policial de Giuliani se mofa abiertamente de aquellos que creen en la existencia de “un vínculo místico entre los desórdenes menores y los crímenes más graves”. La idea de que la policía sería capaz de reducir los delitos violentos reprimiendo las pequeñas faltas le parece

* N. del T.: En inglés, Breaking Balls Theory.

** N. del T.: En castellano, en el original.

*** N. del T.: En inglés, Breaking Balls Plus.

sencillamente “lamentable”, y ofrece abundantes ejemplos, tomados de su experiencia profesional en Nueva York y Nueva Orleans, que desmienten esta absurda noción. Incluso compara a un alcalde que implementara dicha táctica policial con un médico que “le hace un *lifting* a un paciente con cáncer”, o con un cazador subacuático que captura “delfines en vez de tiburones”. Y, para evitar cualquier ambigüedad, Maple insiste con vehemencia: “‘Calidad de vida Plus’ no es ‘tolerancia cero’”. Muy por el contrario, implica, específicamente, dirigir *la actividad policial hacia aquellas categorías sociales que supuestamente son vectores del delito* para evitar el desperdicio de recursos finitos de tiempo y personal policial⁴⁷.

Como señala Maple en su libro:

[A partir de los] informes sobre una dramática disminución de los delitos violentos [en la ciudad de Nueva York], mucha gente atribuyó a la noción de “ventanas rotas” el hecho de que los delincuentes hubiesen tomado súbitamente el camino correcto tras haber captado la onda de buena conducta prevaleciente. La cosa no funciona así. Los violadores y asesinos no se van a otra ciudad cuando ven que los *graffitis* desaparecen del subterráneo. Los limpiavidrios comunes no empiezan a aceptar contratos para asesinar cuando detectan una creciente tolerancia hacia la limpieza de vidrios en las esquinas. La mendicidad no transforma un barrio en la Central del Asesinato [...] La vigilancia de la calidad de vida funciona para reducir el crimen porque le permite al policía atrapar a los delincuentes cuando estos están fuera de servicio, es como atacar a los aviones enemigos cuando todavía están en tierra⁴⁸.

Sin duda, Jack Maple quedaría pasmado al leer la siguiente declaración en el “Memorando Número 31”, elaborado por “expertos” del tan oficial Instituto de Altos Estudios de la Seguridad Interior, brazo pseudo-investigativo del Ministerio del Interior francés encargado de realizar estudios que justifiquen el giro punitivo del gobierno de la Izquierda Plural, con el fin de guiar a los alcaldes en la elaboración de “contratos de seguridad local” en sus ciudades:

Investigaciones norteamericanas han demostrado que la proliferación de faltas menores no es sino una señal de alarma que anticipa un ascenso general del delito. Los comportamientos desviados iniciales, sin importar qué tan menores parezcan, en la medida en que se generalizan, estigmatizan a un vecindario, le atraen otras formas de desviación, y anuncian el fin de la paz social de todos los días. La espiral de la decadencia se pone en marcha, la violencia echa raíces, y con ella toda clase de delitos: agre-

siones, robos domiciliarios, tráfico de drogas, etc. (ver J. Wilson y T. [sic] Kelling, “The Broken Windows Theory”).

Fue en base a los hallazgos de estas investigaciones que el jefe de la policía de Nueva York armó una estrategia de batalla llamada “tolerancia cero” contra los autores de faltas menores, la cual parece haber sido una de las causas de la muy notable reducción del delito en esa ciudad⁴⁹.

Resulta difícil reprimir una creciente *sensación de incredulidad* ante semejante efusión de falsedades, por no llamarlas tonterías transatlánticas, y frente a la vergonzante credulidad de la que dan testimonio. Porque la táctica de permanente persecución policial contra los pobres en las calles implementada en Nueva York no es otra cosa que la sistemática y deliberada aplicación de “teorías” tradicionales basadas en el sentido común profesional de los policías. No corresponde a la criminología sino a la “delincuentología”*, como la llamaría Jack Maple (a quien le gustaba autodefinirse como “delincuentólogo”). Pero, precisamente, tal sentido común no tiene mucho sentido en este caso. Dos de los mejores especialistas del país realizaron una rigurosa y meticulosa evaluación de las investigaciones científicas llevadas a cabo en EUA en los últimos veinte años con el objetivo de testear la efectividad de la policía en la lucha contra el delito. Concluyeron sobriamente que ni la cantidad de agentes enviados a la calle, ni los cambios internos en la organización y la cultura de las agencias policiales (tales como la introducción de la vigilancia comunitaria), ni siquiera las estrategias que tienen como blanco los lugares y grupos con una fuerte propensión criminal (con la “posible y parcial excepción” de los programas dirigidos al tráfico de drogas), tienen de por sí ningún impacto sobre la evolución de los delitos⁵⁰. Como ironía final, entre las varias tácticas policiales revisadas, los autores subrayan a Compstat y a “tolerancia cero” como “las candidatas menos verosímiles para contribuir a la reducción de los delitos violentos” en la Norteamérica urbana. Y concluyen: “Hay una cosa que es un mito: [que] la policía tiene un impacto sustancial, amplio e *independiente* sobre la tasa de delincuencia del país”⁵¹.

Cual muñecas rusas, estos cuatro mitos eruditos venidos del otro lado del atlántico encajan unos con otros para formar una suerte de cadena lógica con aire de silogismo, que hace posible justificar sin resistencia la adopción de una agresiva política de “limpieza de clases” en las calles de la ciudad. Esta política es profundamente discriminatoria en tanto trata como equivalentes el comportamiento por fuera de las normas y la condición de delincuente, y tiene como blancos a los barrios y poblaciones sospechosos de antemano

* N. del T.: En inglés, crookology.

—cuando no culpables por principio— de deficiencias morales y no de ofensas legales. Si es cierto que la sociedad norteamericana, considerada durante tanto tiempo como “superdelictiva”, ha sido pacificada por medio de la acción policial justo cuando otros países han sido golpeados con toda la fuerza por una “explosión” del delito; y que la ciudad de Nueva York, meca de la nueva religión policial norteamericana, ha aplastado la violencia delictiva gracias a su política de “tolerancia cero”; y que esta política misma fue articulada de conformidad con una teoría criminológica sólida (“ventanas rotas”); entonces, en verdad, ¿cómo no salir corriendo a importar estas nociones e impulsar las medidas para las cuales aquellas, en apariencia, proporcionan un fundamento racional? En efecto, las cuatro proposiciones clave de la nueva Vulgata de la seguridad *made in USA* carecen de cualquier validez científica, y su eficacia práctica reside en una fe colectiva sin basamento en la realidad. Pero, trenzadas unas con otras, funcionan como una plataforma de lanzamiento planetaria para un fraude intelectual y un ejercicio de manipulación política que, dándole una certificación pseudo-académica al extenso activismo policial, contribuyen poderosamente a legitimar el cambio hacia la administración penal de la inseguridad social que está siendo generado en todas partes a causa de la retirada del Estado en lo social y lo económico.

NOTAS

Este texto es una versión abreviada y adaptada del capítulo 8 de Loïc Wacquant, *Punishing the Poor: The New Government of Social Insecurity*, Durham & Londres: Duke University Press, en prensa.

- 1 Ver Loïc Wacquant, “The Penalisation of Poverty and the Rise of Neoliberalism”, *European Journal of Criminal Policy and Research*, Edición especial sobre “Criminal Justice and Social Policy”, 9 (4), invierno de 2001, pp. 401-412; y edición de *Déviance et société* sobre el tema “Urban Disorders: Sociological Perspectives”, diciembre de 2000, pp. 24-4.
- 2 Jean-Luc Le Toqueux y Jacques Moreau, “Les zones urbaines sensibles. Forte progression du chômage entre 1990 et 1999”, *INSEE Première*, octubre de 2000, p. 334.
- 3 Una cautivante descripción de las habituales condiciones de sobreexplotación de la fuerza laboral “flotante” puede leerse en Daniel Martínez, *Carnets d’un intérimaire*, Marsella: Agone, 2002; sobre la represión por parte de los empleadores de los intentos de movilización de la fuerza laboral no calificada, joven y a menudo surgida de una inmigración reciente, ver Abdel Mabrouki y Thomas Lebègue, *Génération précaire*, París: Le Cherche-Midi, 2004.

- 4 Sobre las bases sociales y políticas de la creciente brecha entre la izquierda gubernamental y el electorado de clase trabajadora, ver Olivier Masclet, *La Gauche et les cités. Enquête sur un rendez-vous manqué*, París: La Dispute, 2003.
- 5 Annie Collovald, *Violence et délinquance dans la presse. Politisation d'un malaise social et technicisation de son traitement*, París: Editions de la DIV, 2000, y Serge Halimi, “L'insécurité des médias”, en Gilles Sainati y Laurent Bonelli, eds., *La machine à punir*, París: L'Esprit frappeur, 2001, pp. 203-234.
- 6 [Nota del traductor del original en francés] *Supervoleur* es una derivación de *Supermenteur* (Supermentiroso), personaje televisivo vestido con capa y máscara que representa a Chirac como un mentiroso inveterado en el programa de marionetas *Les guignols de l'info* (emitido todos los días a las 20 hs en el principal canal de cable, Canal Plus).
- 7 Jean-Claude Chesnais, *Histoire de la violence en Occident de 1800 à nos jours*, París: Pluriel, 1981, p. 431.
- 8 Ver los dos números de *Actes de la recherche en sciences sociales* dedicados a “L'exception américaine” (Nº 138 y Nº 139, junio y septiembre de 2001).
- 9 Pierre Bourdieu, *Ce que parler veut dire*, París: Fayard, 1982, p. 228.
- 10 El título del artículo de *Le Figaro* del 18 de junio de 2001 merece ser citado en forma completa: “Los asombrosos resultados de una comparación entre las estadísticas del delito del Ministerio del Interior [francés] y las del FBI: Francia es más criminógena que EUA”. Asombroso, en verdad, ya que esta comparación carece de validez —un hecho que incluso Bauer admite implícitamente cuando concede que ¡“el diseño estadístico [utilizado] es aleatorio, relativo, parcial, fragmentario y sesgado”! Sobre el surgimiento de estos nuevos consultores-asesores en seguridad, falsos investigadores y auténticos propagandistas y comerciantes, ver Pierre Rimbart, “Les nouveaux managers de l'insécurité: production et circulation d'un discours sécuritaire”, en *La machine à punir*, op. cit., pp. 161-202.
- 11 La Encuesta Internacional sobre Víctimas de Delitos (de cuya existencia parecen no tener noticia Alain Bauer ni los principales expertos del gobierno) es una investigación basada en cuestionarios por hogares que se realiza cada cuatro años desde 1989. Es conducida por criminólogos de la Universidad de Leiden, bajo la órbita del Ministerio de Justicia holandés y del Instituto Interregional de las Naciones Unidas para Investigaciones sobre la Delincuencia y la Justicia (con sede en Roma). Mide y compara el predominio, la incidencia y evolución de las tasas de victimización en unos quince países desarrollados.

- 12 Leena Kurki subraya este punto en “International Crime Survey: American Rates About Average”, *Overcrowded Times*, 8(5), 1997, pp. 4-7. Ver también Michael Tonry y Richard S. Frase, eds., *Sentencing and Sanctions in Western Countries*, Nueva York: Oxford UP, 2001, pp. 12-14.
- 13 John van Kesteren, Pat Mayhew y Paul Nieuwbeerta, *Criminal Victimization in Seventeen Industrialized Countries: Key Findings from the 2000 International Crime Victims Survey*, La Haya: WODC, Ministry of Justice, 2000.
- 14 Franklin E. Zimring y Gordon Hawkins, *Crime is Not the Problem: Lethal Violence in America*, Nueva York: Oxford UP, 1997.
- 15 Douglas Massey, “Getting Away with Murder: Segregation and Violent Crime in Urban America”, *University of Pennsylvania Law Review*, 143(5), mayo de 1995, pp. 1.203-1.232; Lauren Krivo y Ruth D. Peterson, “Extremely Disadvantaged Neighbourhoods and Urban Crime”, *Social Forces*, 75(2), diciembre de 1996, pp. 619-650; y Garen Wintennute, “Guns and Gun Violence”, en Alfred Blumstein y Joel Wallman, eds., *The Crime Drop in America*, Nueva York: Cambridge UP, 2000, pp. 45-96.
- 16 Laurent Mucchielli, *Violences et insécurité. Fantômes et réalités dans le débat français*, París: La Découverte, 2001, pp. 67 y 61.
- 17 Ver Van Kesteren, Mayhew y Nieuwbeerta, *Criminal Victimization in Seventeen Industrialized Countries*, op. cit., Table 2, pp. 180-181. La incidencia se mide por el número total de victimizaciones registradas cada 100 mil residentes; es superior a la frecuencia (porcentaje de habitantes que han sufrido por lo menos un delito), ya que una misma persona puede haber sido víctima de varios delitos durante el año.
- 18 Este instituto neoconservador, fundado por Anthony Fischer (mentor de Margaret Thatcher) es el que canonizó la “teoría de las ventanas rotas” y la política de “tolerancia cero”. Después presionó para exportarlas a Europa y América Latina, tras haber hecho una (exitosa) campaña a favor del desmantelamiento de la asistencia social en los años ochenta (Loïc Wacquant, *Les prisons de la misère*, París: Raisons d’Agir, 1999, pp. 14-22).
- 19 George L. Kelling y William H. Souza, *Does the Police Matter? An Analysis of the Impact of NYC’s Police Reforms*, Nueva York: Manhattan Institute, Civic Report N° 22, diciembre de 2001.
- 20 Jeffrey Fagan, Franklin Zimring y June Kim, “Declining Homicide in New York City: A Tale of Two Trends”, *Journal of Criminal Law and Criminology*, 88(4), verano de 1998, pp. 1.277-1.324; y Alfred Blumstein y Richard Rosenfeld, “Explaining Recent Trends in US Homicide Rates”, *ibíd.*, pp. 1.175-1.216.
- 21 Judith A. Greene, “Zero Tolerance: A Case Study of Police Policies and Practices in New York City”, *Crime and Delinquency*, 45(2), abril

- de 1999, pp. 171-187; Khaled Taqi-Eddin y Dan Macallair, *Shattering “Broken Windows”: An Analysis of San Francisco’s Liberal Crime Policies*, Washington: Justice Policy Institute, 1999; y Loïc Wacquant, “Mister Bratton Goes to Buenos Aires. Prefacio a la edición para América Latina”, *Las Cárceles de la miseria*, Buenos Aires: Manantial, 2000, pp. 11-17.
- 22 Benjamin Bowling, “The Rise and Fall of New York Murder: Zero Tolerance or Crack’s Decline?”, *British Journal of Criminology*, 39(4), otoño de 1999, pp. 531-554; Robert Panzarella, “Bratton Reinvents ‘Harassment Model’ of Policing”, *Law Enforcement News*, 15-30 de junio de 1998, pp. 13-15.
 - 23 Marc Ouimet, “Oh, Canada! La baisse de la criminalité au Canada et aux États-Unis entre 1991 et 2002”, *Champ pénal*, 1(1), enero de 2004. Disponible en <<http://champpenal.revues.org/document11.html>>.
 - 24 Richard B. Freeman, “Does the Booming Economy Help Explain the Drop in Crime?”, *Perspectives on Crime and Justice: 1999-2000 Lectures Series*, Washington: US Department of Justice, 2000.
 - 25 Andrew Karmen, *New York Murder Mystery: The True Story Behind the Crime Crash of the 1990s*, Nueva York: New York UP, 2001, pp. 209-213.
 - 26 Jared Bernstein y Ellen Houston, *Crime and Work: What We Can Learn from the Low-Wage Labor Market*, Washington: EPI Books, 2000.
 - 27 Puede hallarse una apasionante descripción de las operaciones diarias del tráfico de crack en el este de Harlem en Philippe Bourgois, *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Nueva York: Cambridge UP, 1995; y, desde el punto de vista de la policía, en Robert Jackall, *Wild Cowboys: Urban Marauders and the Forces of Order*, Cambridge: Harvard UP, 1997.
 - 28 Bruce A. Jacobs, *Robbing Drug Dealers: Violence Beyond the Law*, Nueva York: Aldine de Gruyter, 2000.
 - 29 Daniel Cork, “Examining Space-Time Interaction in City-Level Homicide Data: Crack Markets and the Diffusion of Guns Among Youth”, *Journal of Quantitative Criminology*, 15, 1999, pp. 379-406; Benjamin Bowling, “The Rise and Fall of New York Murder”, op. cit.; y Bruce D. Johnson, Andrew Golub y Eloise Dunlap, “The Rise and Decline of Hard Drugs, Drug Markets, and Violence in Inner-City New York”, en Blumstein y Wallman, *The Crime Drop in America*, op. cit., pp. 164-206.
 - 30 James Alan Fox, “Demographics and US Homicide”, en Blumstein y Wallman, *The Crime Drop in America*, op. cit., pp. 288-317.
 - 31 Karmen, *New York Murder Mystery*, op. cit., pp. 242-243.
 - 32 *Ibíd.*, p. 225: “El apenas planificado experimento multiculturalista de juntar gente que habla 121 idiomas diferentes parece haber funcionado

- muy bien, en el sentido de que puso un freno a la espiral ascendente en las tasas de delincuencia e incluso ayudó a revertir la tendencia”.
- 33 Richard Curtis, “The Improbable Transformation of Inner-City Neighbourhoods: Crime, Violence, Drugs, and Youth in the 1990s”, *Journal of Criminal Law and Criminology*, 88(4), verano de 1998, pp. 1.233-1.276; y Johnson, Golub y Dunlap, “The Rise and Decline of Hard Drugs, Drug Markets, and Violence in Inner-City New York”, op. cit.
- 34 Mary Pattillo, “Sweet Mothers and Gangbangers: Managing Crime in a Black Middle-Class Neighbourhood”, *Social Forces*, 76(3), marzo de 1998, pp. 747-774, y Ruth Wilson Gilmore, “You Have Dislodged a Boulder: Mothers and Prisoners in the Post-Keynesian California Landscape”, *Transforming Anthropology*, 8(1/2), 1999, pp. 12-38.
- 35 Bowling, “The Rise and Fall of New York Murder”, op. cit.
- 36 Eric Monkkonen, *Murder in New York City*, Berkeley: University of California Press, 2001.
- 37 William W. Bratton y Peter Knobler, *Turnaround: How America's Top Cop Reversed the Crime Epidemic*, Nueva York: Random House, 1998, pp. 229 y 309. *Turnaround* es la “autobiografía” en la que Bratton ofrece un pánegírico de su propia vida, con la ayuda de un periodista especializado en biografías color de rosa de estrellas deportivas y políticas, y por la cual recibió un adelanto neto de 375 mil dólares. Tras ser echado sin ninguna ceremonia por Rudolph Giuliani (quien consideraba que la popularidad de su jefe de policía era excesiva en relación con la suya propia), Bratton se transformó en un “consultor en seguridad urbana” a nivel internacional. De este modo, podía vender mejor sus conocimientos expertos en los cuatro rincones del planeta, donde lo convocaban políticos ansiosos por demostrar públicamente su determinación por combatir el delito. En 2002, Bratton fue nombrado jefe del Departamento de Policía de Los Ángeles pero, curiosamente, la “tolerancia cero” no aparece en su reorganización de la vigilancia policial en esa ciudad.
- 38 E.B. Silverman y P. O’Connell, “Organizational Change and Decision Making in the New York City Police Department”, *International Journal of Public Administration*, 22(2), 1998, pp. 217-259, y Karmen, *New York Murder Mystery*, op. cit., capítulo 3.
- 39 Citizens Budget Commission, *New York City and New York State Finances, Fiscal Year 1999-2000*, Nueva York: Five-Year Pocket Summary, CBC, 2000. Durante su segundo período de gobierno, por ejemplo, Rudolph Giuliani asignó 80 millones de dólares a un programa denominado “Operación Cóndor”, que permitió a la policía de la ciudad trabajar un sexto día de tiempo extra por semana. Mientras tanto, las bibliotecas municipales redujeron sus horarios de atención y servicios a causa de un

- déficit presupuestario de 40 millones de dólares (equivalente a una sexta parte de su financiamiento).
- 40 En base a un esmerado examen de toda la información policial y tribunalicia disponible, Karmen halló, por ejemplo, y en contra de lo que alegaban los funcionarios de la ciudad, que las nuevas tácticas policiales implementadas bajo la administración de Giuliani no produjeron un incremento en los arrestos por posesión de armas de fuego, ni un alza en la tasa de quejas por delitos, como tampoco significaron un mejoramiento en otros indicadores comúnmente usados para medir la eficacia preventiva y represiva de la policía (Karmen, *New York Murder Mystery*, op. cit., pp. 263-264).
- 41 James Q. Wilson y George Kelling, “Broken Windows: The Police and Neighbourhood Safety”, *The Atlantic Monthly*, 249, marzo de 1982, pp. 29-38.
- 42 Loïc Wacquant, “Désordre dans la ville”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 99, septiembre de 1993, pp. 79-82 (un análisis minucioso crítico de Wesley Skogan, *Disorder and Decline*, Nueva York: Free Press, 1990); Bernard E. Harcourt, “Reflecting on the Subject: A Critique of the Social Influence Conception of Deterrence, the Broken Windows Theory, and Order-Maintenance Policing New York Style”, *Michigan Law Review*, 97(2), noviembre de 1998, pp. 291-389; Wesley G. Skogan, “Review of George Kelling and Catherine M. Coles, *Fixing Broken Windows: Restoring Order and Reducing Crime in Our Communities* (1996)”, *American Journal of Sociology*, 103(2), septiembre de 1997, pp. 510-512.
- 43 Albert J. Reiss, Jr., *Policing a City’s Central District: The Oakland Story*, Washington: National Institute of Justice Research Report, abril de 1985; Lawrence Sherman, “Police Crackdowns: Initial and Residual Deterrence”, *Crime and Justice: A Review of Research*, 12, 1990, pp. 1-48; Robert J. Sampson y Stephen W. Raudenbush, “Systematic Social Observation of Public Spaces: A New Look at Disorder in Urban Neighbourhoods”, *American Journal of Sociology*, 105(3), noviembre de 1999, pp. 603-651.
- 44 Bernard Harcourt, *Illusions of Order: The False Promise of Broken Windows Policing*, Cambridge: Harvard UP, 2001.
- 45 Conforme al título que Rudolf Giuliani le confirió a Jack Maple durante el funeral que le organizó la ciudad de Nueva York: “El luchador maestro contra el delito recibe elogios para destacar su éxito”, *New York Times*, 10 de agosto de 2001.

- 46 Jack Maple y Chris Mitchell, *The Crime Fighter: How You Can Make Your Community Crime-Free*, Nueva York: Broadway Books, 1999, pp. 152-153.
- 47 “Las unidades que hacen cumplir las leyes de calidad de vida deben ser enviadas allí donde los mapas [que indican la distribución estadística de delitos registrados] muestran concentraciones de delitos y delincuentes; y las reglas que gobiernan las detenciones deben ser diseñadas para atrapar a los tiburones y no a los delfines” (Maple y Mitchell, *The Crime Fighter*, op. cit., pp. 154-155).
- 48 *Ibíd.*, pp. 154-155.
- 49 Institut des Hautes Études de la Sécurité Intérieure, *Guide pratique pour les contrats locaux de sécurité*, París: La Documentation Française, 1997, pp. 133-134. Los “contratos de seguridad local” son convenios celebrados entre la ciudad y el gobierno central para activar y coordinar las estrategias de prevención y represión del delito en determinados dominios y vecindarios.
- 50 John E. Eck y Edward R. Maguire, “Have Changes in Policing Reduced Violent Crime?”, en Blumstein y Wallman, *The Crime Drop in America*, op. cit., pp. 207-265, insisten: “La hipótesis más plausible es que estas acciones policiales interactuaron con otras políticas de justicia criminal (como el encarcelamiento) y fuerzas sociales (como el envejecimiento de la población o la declinación de los mercados de drogas minoristas al aire libre) [...] Alguna forma de interacción resulta más creíble que la afirmación de que los cambios en la vigilancia policial fueron el único y principal factor que contribuyó al descenso de los delitos violentos” (pp. 245 y 248).
- 51 *Ibíd.*, p. 249.